

## celibato sacerdotal

RICARDO DELFINO, S. J. •



---

"Lo que puede decirse por completo, puede ser dicho claramente; de lo que elude la expresión, mejor no digas nada".

Wittgenstein

---

**C**ON estas líneas queremos dar una pequeña contribución a la recta valoración del celibato sacerdotal teniendo en cuenta especialmente el sentido de la sexualidad humana y de la generación.

### SEXUALIDAD HUMANA

En primer lugar veamos ese hecho típico de la sexualidad, que se presenta de un modo particular en los vivientes superiores, el dimorfismo sexual. En otras palabras, cuál sea la razón de la existencia de dos seres con propiedades somáticas, fisiológicas y psíquicas diferentes, pero complementarias, que crean en lo animal la dialéctica macho-hembra, y en lo humano la dialéctica hombre-mujer.

No puede estar en el puro hecho de la realización de la prole como cuerpo. Para esto bastaría la hembra o la mujer, pues la partenogénesis, aunque muy improbable, no es imposible. Por tanto debe haber un motivo más profundo y superior. Y éste no es otro que las exigencias totales de la prole para poder realizarse desde el estado de óvulo fecundado hasta el de adulto. Bajo este punto de vista el dimorfismo sexual tiene como fin llevar a cabo la obra más grande y difícil, una verdadera obra genial, el viviente con la plena expansión de sus potencialidades vitales. Mostraremos más en concreto.

Todo viviente superior debe comenzar su existencia a partir de un estadio sumamente inferior, el de óvulo fecundado y evolucionar hasta el estado de adulto, caracterizado por la independencia vital y la capacidad de reproducción. Durante un cierto tiempo, lo cual depende de las

especies, está incapacitado para mantenerse por sí mismo y para hacer madurar sus dinamismos. Esta incapacidad vital, que se manifiesta en diversos campos debe ser suplida por la capacidad vital de otros seres, los progenitores. Ahora bien, como las necesidades a solucionar exigen actividades y cualidades opuestas (vaya como ejemplo la alimentación-cuidado, y la defensa-ataque) que naturalmente no pueden darse en un mismo viviente, los progenitores serán dos y estarán caracterizados por un dimorfismo complementario en función de las diversas necesidades de la prole. Y cuanto más perfecto sea el viviente, cuanto más perfectos sean los dinamismos que deben evolucionar y cuanto más dificultades encuentren, tanto más la sexualidad penetrará con su dimorfismo en todo el ser del viviente.

Por eso el viviente donde la sexualidad penetra más profundamente es el hombre. Ninguno se origina y nace en un estadio tan diferente al del adulto, ninguno debe hacer evolucionar tantos dinamismos y ninguno tiene tantas dificultades en contra. En el caso del animal basta que el cuerpo se fortalezca y los instintos necesarios puedan madurar. En el caso del hombre hay tres planos de crecimiento y capacitación vital. El corporal, el psíquico (sensibilidad-afectividad, etc. . . .) y el psíquico superior (facultades superiores, inteligencia y voluntad).

Cada uno de esos planos exige la cooperación armónica de los padres y naturalmente determinará en ellos un dimorfismo sexual que comienza en lo corporal y se proyectará hasta lo espiritual. El hombre y la mujer lo son, no sólo por su cuerpo, sino por toda su totalidad: hay una afectividad masculina y otra fe-

menina; hay una inteligencia masculina y otra femenina. Diferentes y complementarias. Por eso reducir la sexualidad a lo que dice relación con lo genital, es una parcialización indebida. Esto es lo inferior de la misma, y que debe superarse a lo superior si realmente es una sexualidad humana. El que no haya realizado la integración armónica de todas sus tensiones sexuales (las cuales, vuelvo a repetir, no son sólo las genitales) no ha madurado sexualmente, aunque pueda realizar el acto genital. Y así como se habla de impotencia sexual cuando no se tiene la capacidad del acto genital; así se debería hablar de impotencia sexual, cuando se es incapaz de expresar y realizar las exigencias de la sexualidad superior. Cuando se es incapaz de expresarse como hombre, o como mujer en lo psíquico inferior y en lo espiritual. Por algo el Don Juan es catalogado psicológicamente como el hiposexual típico . . . a pesar de su capacidad genital.

Lo anterior nos ilumina una faceta del celibato sacerdotal (que nada tiene que ver con el celibato del solterón). Por el celibato el sacerdote se priva sólo de una de las expresiones de la sexualidad, la inferior, y esto, por los inconvenientes que supone para las exigencias de su estado. De ningún modo supone la privación de su sexualidad superior. Aún más, bajo el punto de vista de la sexualidad, el celibato sólo puede tener sentido, cuando tiene por objeto una mayor y más perfecta expresión de los dinamismos superiores de la sexualidad. Las tensiones de la genitalidad tienden naturalmente al exclusivismo en el amor, a su mujer; por otra parte al realizarse en el plano de la corporeidad crean una serie de problemas



materiales, acentuados con la presencia de los hijos, etc. . . . que quitan la libertad existencial necesaria para la entrega total a los demás. Y todo esto es un inconveniente para la plena expresión de las exigencias superiores de la sexualidad que rechaza los exclusivismos y busca la libertad en la dación de sí. Ambas son características de la máxima integración de los dinamismos sexuales, que se llama el Amor Cristiano del hombre y de la mujer cristianos. Celibato que incapacite para el Amor, es celibato no sacerdotal, sino mundano. Es una verdadera castración o mutilación de los dinamismos más importantes en la vida humana. Con ello se consigue la realización del dicho agustiniano: "la corrupción de lo mejor, resulta lo peor", pues nada hay peor que esos "celibatarios" egoístas, amargados, absolutamente impotentes para todo amor verdadero.

## GENERACION

Así como hemos hablado de tres planos vitales en los cuales debe evolucionar y realizarse el hombre; del mismo modo podríamos hablar de planos en los cuales se debe realizar la "generación". Engendrar en último término es participar a otro ser las energías vitales de uno. Es un participar de aquello por lo cual se vive. Por eso no sólo en lo biológico se debe hablar de generación. Se engendra una nueva vida en los otros planos superiores, cuando se es razón que otro ser viva la vida que llevamos en ellos. Hay un verdadero nacimiento, pues hay una nueva vida que vivir. Y hay una verdadera paternidad y maternidad que mira esos planos. La naturaleza de este artículo no nos permite profundizar más estas

ideas, intuitas y expresadas por todos, cuando llaman al sacerdote "padre" y a la religiosa "madre" espirituales. Basta una mirada a ciertos hogares para ver claramente lo que queremos decir. Hogares con paternidad y maternidad puramente corporales, en los cuales se ha dado a luz un niño. Pero en los cuales la paternidad y la maternidad, estancada por falta de evolución psíquica, no puede realizarse en los planos superiores y así nunca dan a luz hombres o mujeres. Sólo los abortos de hombres y mujeres que son los innúmeros hombres y mujeres-niños que pululan en nuestras ciudades.

Y aquí encontramos otra faceta valiosa del celibato sacerdotal. El sacerdote que debe realizar la paternidad en el plano superior, el espiritual, que debe participar la Vida Divina, y realizar en el cristiano una nueva proyección de Cristo, hallará en su liberación de la generación genital el nuevo dinamismo y la nueva libertad requeridos para llevar a cabo esa nueva generación. Ciertamente no es algo esencial a la generación en lo espiritual la privación de la generación en lo carnal. Pero, sí, es algo sumamente conveniente, sobre todo teniendo presente las exigencias de un estado como el sacerdotal. Por eso el celibato no es de derecho natural o divino. Es sólo de derecho eclesiástico positivo. Algo sumamente conveniente. Pero no una condición sine qua non. Aún más, pueden darse circunstancias en las cuales el sacerdote no pueda expresar con plenitud las exigencias de una sexualidad plenamente integrada en el sentido que hemos dicho, y tampoco una paternidad espiritual plena. En estos casos, como en algunos otros, que sería superfluo nombrar, el celibato

no se nos presenta como una exigencia tan grande por los motivos dados en estas líneas.

Por eso siempre queda abierta la posibilidad que la Iglesia no obligue al celibato a los sacerdotes del Rito Occidental,

si las circunstancias lo exigiesen. En el plano de la sexualidad, como en el personal, existe un solo Absoluto, intangible ante lo cual debe supeditarse todo lo demás y es justamente nuestro distintivo, el Amor divino. ♦

---

La Iglesia ha decidido a lo largo de los siglos que todo aquel que quiere emprender el servicio sacerdotal se decida libremente al celibato después de madura reflexión...

Quisiera confesarles francamente lo siguiente: he reflexionado mucho también sobre el celibato en relación con la renovación de la Iglesia. Se me ha hecho así cada vez más claro que éste ha sido el fruto de una evolución legítima en la Iglesia y que se lo ha de conservar (aún en las Iglesias Orientales unidas se percibe cada día mejor su significado); hemos de adherir pues a él con alegría. Pero al mismo tiempo se me ha hecho más claro que el celibato no es indispensable para el Sacerdocio, más aún, que todas las razones que se aducen en su apoyo no valen en forma incondicionada sino son sólo argumentos de conveniencia. Esto trae ciertas consecuencias y queremos encararlas en estos tiempos de nueva orientación de la Iglesia. Así, pues, deseamos la dispensa del celibato en casos particulares, cuidadosamente limitados; deseamos el permiso para casarse a algunos diáconos permanentes en la Iglesia; deseamos la ordenación sacerdotal para los pastores evangélicos convertidos que son casados.

Cardenal JULIO DOPFNER

Arzobispo de Munich,  
Moderador del Concilio Ecu­ménico  
Cuaresma, 1965

---